

XI

En su vida había tenido el señor barón de Chandorè una noche tan terrible, cuyos segundos había contado en el pulso de su hijo agonizante.

La víspera, en la noche, le habían dicho los médicos:

—Si pasa esta noche, puede salvarse.

Al amanecer, su hijo había lanzado el último suspiro.

Y bien, para el viejo gentilhombre apenas aquella noche fatal había tenido más angustias que esta última que pasó toda entera fuera de la casa su querida nieta Dionisia.

Sabía que Blangin y su mujer eran buenas gentes, á pesar de su avaricia y de su disposición al lucro; sabía también que Santiago de Boiscorán era un hombre de honor....

¡No importaba!....

Toda la noche, su viejo ayuda de cámara escuchó sus paseos de uno á otro extremo de su recámara, y desde la siete de la mañana estaba en el dintel de la puerta, dirigiendo una mirada inquieta á lo lejos de la calle.

Como á las siete y media fué á unírsele el señor Folgat, pero apenas se dignó darle los buenos días, y en verdad que nada oyó de todo lo que le dijo el abogado para inspirarle confianza.

Hasta que al fin:

—¡Allí viene!.... exclamó el viejo.

Y no se equivocaba.

La señorita Dionisia acababa de dar vuelta á la esquina de la calle de la Rampa.

Caminaba con demasiada precipitación, como si sintiera que se le acabaran las fuerzas antes de llegar....

Con una especie de alegría feroz, el abuelo Chandoré se adelantó hacia donde venía la joven y la estrechó entre sus brazos repitiendo:

—¡Oh Dionisia, mi hija muy querida! cuánto he sufrido con tu tardanza!.... ¡Pero todo está ya olvidado, ven, ven pronto!....

Y tomándola del brazo, la condujo inmediatamente al salón y la sentó con muchísimo cuidado en un sofá.

En seguida se arrodilló delante de ella, riendo de felicidad.

Pero cuando le tomó las manos:

—¡Tus manos esten ardientes! exclamó. ¡Tienes fiebre!...

Y la miró.

La jóven acababa de levantarse el velo.

—Estás pálida como la muerte, continuó el señor de Chandoré, tienes los ojos rojos é hinchados...

—He llorado, buen papá, respondió dulcemente.

—¡Llorado! ... ¿Por qué ...

—¡Ay de mí!... ¡No he conseguido lo que quería!

Como si hubiera sido movido por un resorte, el señor de Chandoré se enderezó exclamando:

—¡Por el santo nombre de Dios!... nadie ha oído cosa semejante desde que el mundo es mundo!... ¡Cómo! ¡has ido, tú, Dionisia de Chandoré, á buscarlo á su prisión, á suplicarle! ...

—Y él ha permanecido inflexible, sí, buen papá. No hablará antes de que termine la instrucción ...

—Entonces nos hemos equivocado por completo; ese muchacho no tiene corazón ni alma ...

Aunque penosamente la señorita Dionisia se levantó.

¡Ah! ... no le acuséis, mi buen papá, interrumpió, no le acuséis, ¡Es tan desgraciado!...

—En fin, ¿qué dice, qué razones da ...

—Dice que la verdad es de tal manera inverosímil, que ciertamente se rehusarán á creerlo y que se perderá si habla antes de que termine la incomunicación, estando privado de la asistencia de un defensor. Dice, que su horrible situación es el resultado de una execrable venganza. Dice, que cree conocer al culpable, y puesto que está obligado á defenderse, lo acusará...

Testigo silencioso hasta aquel momento, el señor Folgat se aproximó.

—¡Estáis segura, señorita, preguntó, de que el señor de Boiscorán se ha expresado así?

—¡Oh! ... muy segura señor, y aun cuando viviera miles de años, no olvidaría ni la expresión de su mirada, ni el timbre de su voz. ...

El señor de Chandoré no permitió que lo interrumpieran más.

—Pero á tí, replicó, á tí, querida hija, Santiago ha debido decirte alguna cosa más exacta.

—Nada.

—¿No le has preguntado, pues, cuál es esa verdad inverosímil?

—¡Oh! ¡sí! ...

—¿Y qué dijo?

—Ha exclamado que era, sobre todo á mí, á quien no podía decirla, que sería la última persona del mundo á quien se lo diría. . . .

—¿Ese hombre merecería ser quemado á fuego lento! gruñó el señor de Chandoré.

Y después, en alta voz:

—Y todo eso, querida hija, preguntó, ¿no te parece bien extraordinario, bien raro? . . .

—Todo eso me parece espantoso. . . .

—Comprendo. . . .

—Comprendo. . . . ¿Pero qué piensas de la conducta de Santiago?

—Pienso, buen papá, que procede así porque no puede hacerlo de otra manera. Santiago es un hombre muy superior por la inteligencia y el valor, para equivocarse torpemente. Siendo el único que la sabe, sólo él puede ser buen juez de su situación. Más que nadie debo respetar sus razones. . . .

Pero el viejo gentilhomme no se creía obligado á respetarlas, y aquella resignada respuesta de su nieta acabó de desesperarlo, é iba á decir todo su pensamiento, cuando ella se levantó, no sin esfuerzo.

—Me siento hecha pedazos, buen papá, dijo con voz expirante; permítame, te lo ruego, que me retire á mi recámara. . . .

Y dejó el salón en efecto; el señor de Chan-

doré la siguió hasta la puerta, y se quedó allí hasta que la vió subir la escalera, del brazo de su recamarera.

Y volviendo á donde estaba el Sr. Folgat:

—Me la matarán, señor, exclamó, con una explosión de cólera y desesperación espantosas para un hombre de su edad. He visto en sus ojos, á través de sus lágrimas, la mirada que tenía su madre, cuando después de la muerte de su marido, mi hijo me decía: «No le sobreviviré.» En efecto, no le sobrevivió. . . . Y entonces, yo, viejo, quede sólo con esta ni que puede tener el germen del mal espantoso que se llevó á su madre. . . . ¡Sólo! después de que hace veinte años contengo el aliento, para esecuchar si respira siempre con el mismo hálito igual y puro. . . .

—Hacéis mal en alarmaros, comenzó el señor Folgat.

El abuelo Chandoré movió la cabeza, impacientemente.

—No, dijo, puede que mi hija esté afectada: del corazón. . . . ¿No acabáis de verla, más blanca que la cera, y de escuchar su voz sin vida y sin calor? . . . ¡Dios poderoso! quedaré, pues, único de los míos en esta tierra! . . . ¡Dios mío! ¡qué falta me castigas en mis hijos! ¡Por piedad, llámame delante de tu tribunal primero que á la que ha sido la alegría de mi

vida!.... ¡Y no poder hacer nada para conjurar la desgracia! ¡Viejo inepto y estúpido! ¡Ah! ¡ese Boiscorán!.... ¡Y si fuera, sin embargo, culpable! Si ese hombre á quien Dionisia ama es un asesino!.... ¡Ah! ¡miserable!... ¡compraría el empleo de verdugo para que pereciera por mis manos!

Profundamente conmovido, el señor Folgat detuvo con el gesto al señor de Chandoré.

—No oprimáis al señor de Boiscorán, cuando todo lo oprime, señor, pronunció. De todos nosotros él es quien está sufriendo las más crueles pruebas, porque es inocente.

—¿Lo creéis todavía así?

—Más que nunca. En lo poco que ha hablado, ha dicho bastante á la señorita Dionisia para demostrarme la justicia de mis conjeturas, probándome que había tocado con el dedo el punto preciso....

—¿Cuándo?

—El día en que fuimos juntos á Boiscorán, señor baron....

El señor Chandoré quiso recordar.

—No me acuerdo... comenzó.

—Y sin embargo, insistió el abogado, salisteis para permitir al viejo Antonio á quien preguntaba, contestará con más libertad.

—¡Es verdad!.... interrumpió el señor de

Chandoré, ¡mucha verdad!.... Entonces suponéis....

—Creo que mi punto de partida era exacto, sí, señor. Tratar de buscar el por qué es lo que no haré. El señor de Boiscoran nos dice que la verdad es inverosímil: en vano, pues, pudiera yo hacer conjeturas. Solo que, como estamos con las manos amarradas hasta el fin de la instrucción aprovecharé el tiempo para interrogar á gentes de la población, que contestarán tal vez mejor que Antonio. Teneis entre vuestros amigos personas que deben estar bien informadas, el señor Seneschal, el doctor Seignebos...

Por lo que toca al último, el señor Folgat no tuvo que esperarlo mucho tiempo, porque en el momento en que su nombre era pronunciado, le decía al criado en el corredor: "Soy yo, Seignebos, el doctor Seignebos..."

Y casi en el acto entró como una tromba, en el salón.

Llevaba entonces cuatro días el doctor Seignebos de no haberse presentado en la calle de la Rampa.

Porque no había ido personalmente á recoger el informe y los granos de plomo que había confiado al señor Folgat, sino que mandó á su criado, excusándose por la importancia y

multiplicidad de sus ocupaciones de la medicina.

En efecto, aquellos cuatro días casi se los había pasado en el hospital, en compañía de uno de sus colegas, médico bastante notable, enviado por el tribunal para proceder, juntamente con el doctor Seignebo al exámen profundísimo del estado mental del idiota Cocolé.

—Ese perito es el que me traen, exclamó al entrar, ese perito, á quien si no ponemos de acuerdo, está á punto de arrebatar al señor de Boiscoran el modo mas bueno y seguro de salvarse....

Después de lo que había sucedido á la señorita Dionisia, ni el señor de Chandoré, ni el señor Folgat daban gran importancia al estado de Cocolé

Aquella palabra de salvarse les hizo fijar el oído.

No hay circunstancias indiferentes en un proceso criminal.

—¿Hay algo de nuevo, doctor? preguntó el abogado.

El médico comenzó por cerrar con mucho cuidado las puertas y poniendo sobre la mesa su bastón y su sombrero de anchas alas:

—No, nada hay de nuevo, respondió. Continúan las cosas del mismo modo, con el propósito de perder al señor de Boiscoran y para lo-

grarlo no retroceden ante ningún medio....

—¿Quiénes? preguntó el señor de Chandoré.

El doctor alzó desdeñosamente los hombros,

—¿Teneis, verdaderamente, que preguntarlo todavía? respondió. Los hechos, sin embargo, hablan demasiado alto. Por lo demás, escuchad. En nuestra profesión, como en otras varias, se encuentran, tengo el dolor de confesarlo, cierta clase de médicos que no están á la altura de su gran misión y que para hablar con claridad son unos burros aparejados....

Por grave que fuera la situación, el señor Folgat tuvo trabajo para contener una sonrisa, tales eran las singularidades del doctor.

—Pero hay algunos de esos burros, prosiguió, que por el espesor de sus pezuñas y lo largo de sus orejas, sobrepasa con mucho á los demás. ¿Pues bien! ese es el que el Tribunal ha escogido para que proceda en mi compañía.

Sobre ese capítulo, era prudente contener la verba del doctor Seignebo.

—Sed breve.... dijo el señor de Chandoré.

—Lo seré, señor; mi docto colega está absolutamente persuadido de que su misión de médico legista consiste únicamente en aprobarlo todo y decir *amén* á todas las antífonas de la prevención. «Cocolé es idiota» declara perentoriamente el señor Galpin-Daveline. “Es ó debe serlo,” responde mi docto colega. “Si ha

hablado acerca del crimen, es porque ha recibido una inspiración del cielo," vuelve á decir el juez de instrucción. "Evidentemente, concluye el colega, ha tenido una inspiración del cielo." En fin, esta es la conclusión del informe de ese sábio doctor: Cocolé es un idiota que ha sido providencialmente iluminado por un destello de razón. No lo ha escrito en estos términos, pero lo mismo dá.

Se había quitado los anteojos y se los volvió á colocar con una especie de rabia.

—¿Pero cuál es vuestra opinión, doctor? preguntó el señor Folgat.

Con un gesto solemne, el señor Seignebos acabó de colocarse los anteojos con frialdad.

—Mi parecer, respondió, lo he desarrollado largamente en mi informe, tengo la opinión de que Cocolé no es idiota.

El señor de Chandoré dió un salto, tan monstruosa así le había parecido la proposición.

Conocía á Cocolé. Lo había visto cruzar por las calles de Sauveterre, durante los diez y ocho meses que aquel miserable había estado curándose en la casa del doctor.

—¿Cómo. . . . Cocolé no está idiota? repitió.

—No, declaró perentoriamente el señor Seignebos, y para adquirir la certidumbre, no hay más que examinarlo. ¿Tiene la fisonomía larga y aplastada, la boca desmesurada, la piel

roja y curtida, los labios gruesos, los dientes careados y los ojos hundidos? ¿Su deformada cabeza se balancea sobre uno y otro hombro, demasiado pesada para el cuello? ¿Tiene el talle disforme y la columna vertebral desviada? ¿Le encontráis un vientre voluminoso y flojo, las manos toscas y cargadas hácia atrás, las piernas chuecas, las articulaciones de un espesor insólito? . . . Señores, esos son los principales caracteres de un idiota. ¿Los encontráis acaso en Cocolé? Veo en él un muchacho de salud de hierro, con sus manos muy derechas, que salta como un mono á los árboles para arrancar los nidos y que franquea los fosos de diez piés de ancho. . . . En verdad que no pretendo que tenga una inteligencia normal, pero sostengo que es preciso clasificarlo entre los imbéciles aquellos que tienen ciertas facultades que pueden desarrollarse, á pesar de la ausencia de algunas otras facultades hasta cierto punto más esenciales.

¶ Si el señor Folgat escuchaba con todas las muestras de un poderoso interés, no lo hacía menos el señor de Chandoré.

—Entre un idiota y un imbécil. comenzó.

—¿Hay un abismo! exclamó el señor Seignebos.

Y en seguida, con una volubilidad torrencial:

—El imbécil, prosiguió, guarda todavía algunos fragmentos de inteligencia. Sabe hablar, expresar sus sensaciones, traducir sus necesidades. Asocia las ideas, compara sus impresiones, tiene memoria y adquiere experiencia, es capaz de la astucia y del disimulo. Odia, ama ó teme. Si no es muy sociable, siempre es accesible á las sugerencias de otro. Se llega á ejercer sobre él de un modo notable, un dominio absoluto. La inconsistencia de sus designios es característica, y sin embargo, después de una obstinación inexpugnable se aferra á una idea con un capricho extraordinario. En fin, los imbéciles, precisamente á causa de esa semi-lucidez, son frecuentemente peligrosos. Entre ellos se encuentran casi todos esos monomaniáticos que la sociedad está obligada á secuestrar por no saber cómo refrenar sus instintos....

—¡Muy bien!... aprobó el señor Folgat, que encontraba en aquellas palabras los elementos de una defensa, ¡muy bien!....

El doctor se inclinó.

—Tal es Cocolé, pronunció. ¿Se desprende de esto el que lo considere responsable de sus actos? No en verdad. Pero resulta también que

puedo ver en él un testigo falso, aleccionado para perder, un hombre bastante honrado.

Era claro que tal idea no agradaba al señor de Chandoré.

—En otra vez, mi doctor, habeis dicho eso..

—Dije precisamente lo contrario, señor, respondió no sin dignidad el doctor Seignebois. No había estudiado bastante á Cocolé y fui su víctima, lo que no tengo inconveniente en confesar. Pero de mi confesión precisamente, he sacado una prueba de la astucia y de la perversidad de ese semi-idiota y de su aptitud para proseguir un designio. Después de un año de experiencias, he abandonado á Cocolé, declarando que tenía la creencia de que era incurable. La verdad es que el no quería que lo curaran. Los campesinos, listos y sospechosos observadores, no se han equivocado. Casi todos han declarado que Cocolé es más pícaro que animal. Eso es exacto. Ha probado que exajerando su imbecilidad, que, lo repito, exitosamente, lograba vivir sin trabajar. Instalado en la casa del señor de Claudieuse, ha tenido el arte de mostrar de un modo exacto que tiene bastante inteligencia para hacerse soportable, obteniendo el mejor trato posible, sin tener que ocuparse de ningún trabajo.

—En una palabra, dijo el señor de Chandoré,

siempre incrédulo, Cocolé es un gran comerciante ...

—Bastante grande, para haberme engañado, sí señor, repitió el doctor.

Y dirigiéndose al señor Folgat:

—Todo eso, replicó, lo había dicho á mi docto colega antes de conducirlo al hospital. Fuimos á encontrar á Cocolé obstinado más que nunca en el mutismo del que no había podido sacarlo el señor Galpin-Daveline. Nuestros esfuerzos para hacerle hablar siquiera una palabra, fracasaron, aunque para mí, es evidente que ha comprendido. Quería recurrir á ciertos artificios, muy lícitos según yo, que se emplean para descubrir á los simuladores, mi colega se ha opuesto y ha sido apoyado en su resistencia, no sé con qué derecho, por el juez de instrucción. Entonces pedí que hicieran presentarse á la señora condesa de Claudieuse, y que le suplicaran que interrogara á Cocolé, ella que posee el talento de hacerlo hablar.... El señor Daveline no lo permitió. Ya podeis ver cómo estamos ...

• Sucede muy á menudo que dos médicos encargados de un exámen médico-legal, difieren totalmente en su parecer.

La justicia tendría mucho que hacer si pretendiera ponerlos de acuerdo.

En este caso, se nombra sencillamente un tercer perito cuya opinión decida.

Así había de suceder necesariamente en el caso de Cocolé.

—Y no menos innecesariamente el tribunal que me adjuntó un primer burro, concluyó el señor Seignebos, me adjuntará un segundo. Los dos se entenderán como borricos en feria, y quedaré con la fama de ser un ignorante y un presuntuoso.

Agregó que si se presentaba, en casa del señor de Chandoré era con objeto de que le prestaran ayuda.

Pedia que las familias de Boiscoran y de Chandoré pusieran en juego todas sus relaciones, haciendo valer sus influencias para obtener que una comisión de médicos extraños á la población, parisien: es si era posible, se encargara de examinar á Cocolé dando un fallo sobre su estado mental.

—A hombres esclarecidos, dijo, puedo muy bien demostrarles que la imbecilidad de ese triste sujeto es en parte simulada y que su obstinado mutismo es un plan para evitar palabras comprometedoras.

Ni el señor de Chandoré, ni el señor Folgat contestaron desde luego.

Meditaban.

—Tijaos, insistió el señor Seignebos el ocado.

del silencio de ambos. fijaos, os lo ruego, en que si mi opinión triunfa como tengo el derecho de esperar, el negocio tomará en el acto una nueva faz.

¡Ah! sí, seguramente, las bases de la acusación podían por consiguiente cambiar de aspecto y aquello era lo que preocupaba fuertemente al señor Folgat.

—Eso es lo que hace, comenzó, que me pregunte si no será más perjudicial que util al señor de Boiscorán demostrar la falacia de Cocolé....

El doctor Seignebois dió un salto.

—¡Diablo! quisiera saber....

—Nada más sencillo, respondió el abogado. El idiota Cocolé es tal vez el más grave embarazo de la prevención y el más sólido argumento de la defensa. ¿Qué puede responder el señor Galpin-Daveline, cuando el señor de Boiscorán le reproche el basar una acusación sobre las palabras incoherentes de un desgraciado que carece de toda inteligencia y que por lo mismo es irresponsable?

—¡Ah! permitidme..... exclamó el señor Seignebois.

Pero el señor de Chandoré no perdía ni una sílaba.

—Permitidme, doctor, interrumpió. Ese argumento de la imbecilidad de Cocolé, es el que

habeis invocado desde el primer día, en el que parece que debíais de una manera decisiva que no había necesidad de buscar otro....

Antes de que el médico hubiera encontrado una respuesta, el señor Folgat prosiguió:

—Que se pruebe al contrario, que Cocolé tiene verdaderamente conciencia de sus palabras y todo cambia, teniendo el derecho la prevención, apoyada en un fallo de la Facultad, de decir al señor de Boiscorán: «No hay que negar, os han visto, hay un testigo.»

Era preciso que aquellas consideraciones hicieran vivamente efecto en el señor Seignebois, porque guardó silencio más de diez segundos, colocándose con aire pensativo sus anteojos de oro. Iba pues á hacer un mal á Santiago de Boiscorán pretendiendo servirle....

Pero no era un hombre que dudara mucho tiempo de sí mismo.

—No discutiré, señores, replicó con tono seco. Sólomente os haré una pregunta: ¿creéis ó no en la inocencia de Santiago de Boiscorán?

—Creemos en ella, absolutamente, respondieron los señores de Chandoré y Folgat.

—Entonces, señores, me parece que no corremos peligro, tratando de desenmascarar á un miserable pícaro....

El joven abogado no estaba de acuerdo con aquella opinión.

—Demostrar que Cocolé tiene conciencia de lo que dice, replicó, sería funesto, si no se puede probar al mismo tiempo que ha mentido y que su acusación le ha sido sugerida. ¿Podemos probarlo? ¿Puede establecerse que si se obstina en no contestar á las preguntas que se le hagan, es que tiene miedo á las consecuencias de su falso testimonio?

El doctor no pudo escuchar más tiempo.

—¿Todos esos son argumentos de abogado! exclamó de un modo cortés. Solo conozco una cosa, la verdad....

—No es bueno decirla siempre, murmuró el abogado.

—¿Sí, señor, siempre!.... respondió el médico, siempre que se pueda. Soy amigo del señor de Boiscorán, pero lo soy también de la verdad. Si Cocolé es un miserable trapacero como tengo la convicción, nuestro deber es desenmascararlo.

Lo que no decía el señor Seignebos—y tal vez no se lo confesaba—es que entre Cocolé y él había un negocio personal. Pensaba que Cocolé le había pegado un chasco y que ahora se le presentaba la oportunidad de tomar la revancha de las pullas que le había hecho sufrir cruelmente aun cuando no lo demostrara. Desenmascarar á Cocolé, era vengarse y hacer

caer sobre sus enemigos el ridículo en que lo habían puesto.

—Así es, replicó, que mi partido está tomado y á pesar de lo que decidais, señores, voy desde hoy á ponerme en campaña para obtener, si es posible, el nombramiento de una comisión.

—Tal vez sería prudente, objetó el señor Folgat, reflexionar antes de hacer algo; por ejemplo, consultar con el señor Magloire....

—No tengo necesidad de consultar con el señor Magloire, cuando el deber habla....

—Bien podeis concedernos veinticuatro horas....

El doctor Seignebos frunció su espeso ceño.

—Ni una hora, exclamó, me voy en el acto á la casa del señor Daubigeon, el procurador de la República....

En seguida, tomando su sombrero y su bastón, saludó y salió muy disgustado, sin dignarse responder al abuelo Chandoré que le pedía noticias del señor Claudieuse; cuya situación, según lo que decían en la ciudad, lejos de mejorar empeoraba de día en día.

—¿El diablo cargue con ese viejo original!... exclamó el señor de Chandoré antes de que el médico dejara el corredor.

Después, dirigiéndose al señor Folgat:

—En verdad, debo convenir, agregó, que ha-

beis dispensando un frío acogimiento á las noticias que nos ha traído....

—Es precisamente porque son demasiado graves, contestó el abogado, yo hubiera querido que me dejaran el tiempo de reflexionar. Cocolé representando la imbecilidad ó al menos exagerando su falta de inteligencia..... viene á confirmar lo que decía ayer el señor de Boiscorán á la señorita Dionisia. Es la prueba de un odioso y premeditado asesinato, de una execrable venganza, meditada y preparada durante mucho tiempo. Es el nudo del negocio evidentemente....

El señor de Chandoré se quedó pensativo.

—¡Cómo!.... exclamó, ¿esa es vuestra opinión y habeis vacilado en apoyar las pretensiones del señor Seignebo, que es un hombre arrojado decididamente?....

El joven abogado inclinó la cabeza.

—Si quería aventajar veinticuatro horas, es porque creo indispensable el consultar con el señor de Boiscorán. ¿Podía decirselo al señor Seignebo? ¿Tengo el derecho de dar á conocer el secreto de la señorita Dionisia?....

—Es verdad, murmuró el señor de Chandoré, es verdad....

Pero para escribir al señor de Boiscorán, la asistencia de la señorita Dionisia era indispensable y no fué sino despues de medio día cuan-

do apareció muy pálida, pero armada visiblemente de una nueva energía.

El señor Folgat dictó las preguntas que se habían de hacer al prisionero; ella se ocupó en traducirlas y como á las cuatro de la tarde, la carta fué llevada al escribano Méchinot.

La respuesta llegó la tarde del día siguiente.

«El doctor Seignebo debe tener razón, mis queridos amigos, escribía Santiago. Tengo demasiadas razones para estar seguro de que la imbecilidad de Cocolé es un partido simulado y que su deposición le ha sido sugerida. Sin embargo, os ruego no hagais diligencia alguna para provocar una nueva indagación medical.

«La menor imprudencia puede tal vez perderme.

«En nombre del cielo, esperad para proceder á que termine la instrucción, que está ya muy próxima, según me dijo Galpin-Daveline»....

En familia fué leída aquella respuesta y su concisión resignada arrancó á la señora marquesa de Boiscorán un grito de desesperación.

—Lo obedeceremos, pues, exclamó, pero cuando es evidente que se pierde, el desgraciado se obstina de ese modo....

La señorita Dionisia se levantó.

—Solo juez de su situación, pronunció, San-

tiago tiene el derecho de mandar y nosotros el deber de obedecer Apelo al señor Folgat.

Con un gesto significó su aprobación el abogado.

—Se ha hecho todo lo que era posible dijo. Ahora, no tenemos más que esperar.

XII

Desde la noche famosa del incendio de Valpinson, Sauveterre no se había vuelto á fastidiar.

Desde entonces Sauveterre tenía para ocuparse, una cuestión palpitante, de un interés siempre renovado, inagotable, fecundo en discusiones y conjeturas: el negocio Boiscorán.

—¿En qué estado se encuentra el negocio? se preguntaban unos á otros despues de saludarse.

Y cuando el señor Galpin-Daveline se dirigía del palacio á la prisión, al recorrer con paso solemne y porfiado la calle Nacional, veinte personas asechando detrás de sus ventanas, querían sorprender en su fisonomía el secreto de la instrucción.

Solo sorprendían las huellas de la más viva